

biertos de armas pesadas, caían á tierra en el choque, y una vez derribados, eran degollados por los escuderos; la infantería italiana no podía resistir á los Suizos y á la furia francesa; y Trivulzio, conociendo la indole de la caballería de Dalmacia y del Epiro, que formaba la fuerza de los Venecianos, abandonó los bagajes á su avaricia. Los Estradiotas se arrojaron sobre aquella presa, los infantes les siguieron, y pronto se completó la derrota. Un combate de pocas horas (1) fué sin embargo muy sangriento, pues los Franceses no daban cuartel, y se apresuraban á abrir el vientre de sus prisioneros con la idea de que se habían tragado el oro para impedir que cayese en manos del enemigo. De todos modos, Carlos se consideró feliz con poder continuar su precipitada marcha al traves de un país que le era contrario, y en medio de los mas ardientes calores del estío. Parte del ejército, que á las órdenes de Luis de Orleans se había adelantado por el Milanesado, fué sitiado vigorosamente en Novara (2) por los Milanenses, y experimentó todos los padecimientos del hambre, hasta que Carlos, no pudiendo libertarla con las armas, lo consiguió con negociaciones. En esto llegaron los Suizos, que Carlos tenía á sueldo, y viendo burlada su esperanza de botín, se arrojaron sobre el campo frances; el rey se salvó con gran trabajo recurriendo á la fuga y prometiendo millon y medio de francos á aquellos amigos mas molestos que si fueran enemigos.

22 de octubre.

Volvió á presentarse Fernando en Nápoles, donde el pueblo le deseaba porque no estaba allí; los Franceses era i asesinados sin piedad; Próspero Colonna, Alfonso de Ávalos, marques de Pescara, Gonzalo de Córdoba, apellidado el Gran Capitan, y principalmente la peste, empeoraban cada dia mas la situación del ejército, que no recibiendo socorros de Francia, se vió obligado á capitular.

20 de julio.

Tal fué el desenlace de la expedición de Carlos VIII, sugerida por una vanidad pueril, conducida locamente, y terminada sin mas resultado que haber debilitado el ejército y el tesoro. Los efectos fueron muchos y deplorables. Nunca la diplomacia habia intrigado con tanta actividad; agriáronse los odios interiores, y trataron de apoyarse en los extranjeros,

(1) « Este combate duró desde las nueve de la mañana hasta las siete de la tarde. » Carta del proveedor á la Señoría, con fecha del 7 de julio. Malipieri da muchos pormenores. « En Bolonia se han encendido fogatas, repicado las campanas y gritado mucho en honor de San Marcos, por la victoria del Taro. En Venecia ha habido procesion, lo mismo que en Mian y en Florencia, para tributar gracias á Dios por un don tan grande... Y se ha tratado en el consejo de los Diez de construir un monasterio de frailes observantes en Foronovo, y de dar á la Iglesia el titulo de Santa María de la Victoria, con 500 ducados de renta... El número de Franceses muertos es de 4,000. El que entregue al rey muerto, tendrá 30 m. ducados; y el que le entregue vivo en manos de los proveedores ó del duque de Milan, 30 m. ducados y dos castillos. La apuesta sobre la vida del rey es á 400 partidas. »

(2) El duque de Orleans hizo fabricar allí la primera moneda obsidional de cuero.

que seguros de encontrar favor en el territorio italiano, fijaron sus miradas en aquella parte, con la idea de conquista.

Fernando II de Aragon murió á la edad de 29 años, antes de perder el afecto de sus súbditos, y le sucedió su tío Fadrique II, querido ya de los suyos, y que aspiró á extinguir en ellos los celos y los odios. Carlos VIII, mediante el pago de una suma considerable, consintió en restituir á los Florentinos las fortalezas ocupadas; pero este hecho despertó las envidias: los Venecianos sostuvieron á Pisa, y continuaron los combates entre aquellos que acababan de sufrir la guerra extranjera, con la ferocidad que habian aprendido de los invasores.

Luis el Moro, que tenía á honor el haber con su astucia llamado y rechazado á los Franceses, castigado y repuesto á los príncipes de Aragon, premeditaba nuevos golpes, y con objeto de proseguir la guerra conservando sus ventajas, invitó á Maximiliano á ir á hacerse coronar. Este príncipe, que siempre sin dinero y embarazado por sus negocios, gustaba de mezclarse en los ajenos, prestó oídos á las sugerencias de su tío; pero llegó á Italia con tan pocas fuerzas, que no se encontró en estado de reducir á la obediencia á los que no querian someterse: avergonzado de su impotencia, buscaba los caminos poco transitados, evitando las ciudades. Los Italianos aliados contra Florencia le proporcionaron algun dinero y tropas; de suerte que pasó á Pisa y sitió á Liorna; pero pronto se vió obligado á volver á Alemania, dejando de él en Italia una idea cada vez mas desfavorable.

1436.

Pedro de Médicis, que no habia sabido aprovecharse del favor de Carlos para volver á Florencia, lo intentó dos veces á la sazón con ayuda de los aventureros de la Romanía, y poniéndose de acuerdo con los de adentro. El gonfalonero Bernardo del Nero y otros fueron acusados de haber tomado parte en la conspiración, y condenados á muerte. ¡Ay del partido liberal el dia que se vea precisado á recurrir á la efusion de sangre! Los Piagnoni, que habian motivado aquella condena, decayeron en la opinion. Savonarola pareció un intrigante, cuyas pasiones desmentian sus palabras, y que anunciaba estúpidamente como un enviado de Dios á aquel inconstante é imbécil Carlos VIII. Mayor crimen pesaba sobre él, y era el atrevimiento con que reprendia los delitos á la familia del pontífice, en la que se multiplicaban los escándalos, y un hermano daba muerte á otro por no tener rival en el amor de su hermana. Alejandro VI le formó, pues, un proceso de herejía, le prohibió la predicacion, y excitó contra él á los partidarios de los Médicis, los oligarcas y la envidia de las demas órdenes. Protestó el fraile contra la injusta condena de que era objeto (1), y continuó predicando, sien-

1497. 21 de agosto.

Savonarola perdidido.

(1) Escribia al papa Alejandro: « Dignetur sanctitas vestra mihi significare quid ex omnibus que scripsi vel dixi sit

CAPÍTULO IV

Luis XII. — Los Borgias. — Julio II.

El dia en que el juicio de Dios por medio del fuego debía verificarse en Florencia, Carlos VIII murió en Paris á la edad de 28 años, dejando el recuerdo de un príncipe libertino, indolente, ambicioso é inconstante. Tuvo por sucesor á Luis XII, que malo como el duque de Orleans, educado en el libertinaje y en los excesos, con los cuales pareció que Luis XI, su suegro, habia deseado reducirle al estado de imbécil, cambió de naturaleza al subir al trono, y protegió los derechos del mayor número, de tal manera que fué apellidado padre del pueblo, y como para insultarle, aunque es su mayor elogio, padre de la plebe. Hablarémos en otra parte de lo que hizo por la Francia: respecto de la Italia, manifestó al tomar el título de rey de las Dos Sicilias y de Jerusalem, y el de duque de Milan, la intencion de sostener sus pretensiones como descendiente de Valentina Visconti y heredero del príncipe de Anjou (1). Fué impulsado á ello por la política interior y la exterior. La guerra se consideró siempre por los reyes de Francia como necesaria para deslumbrar, para ocupar en el extranjero las fuerzas turbulentas de la nacion, y proteger las fronteras mejor que con fortalezas. Por otra parte, si Luis hubiera dejado subsistir las pequeñas potencias de Italia, estas habrian concluido por oprimirle.

1497. 4 de abril.

27 de mayo.

Entre aquellos señoríos, predominaba entonces Luis el Moro, dotado de un ingenio muy activo y de un alma baja. Amaba las letras, y llamó á su corte á hombres científicos, á historiadores, formando con ellos una academia de bellas artes y de ciencias: aumentó la fábrica de la universidad de Pavia; hizo reformar sus estatutos; extendió el cultivo de la planta cuyo nombre llevaba; preparó en Milan el Lazareto (1489) quizá conforme al plano de Bramante, el cual atraído por él con un buen estipendio, construyó la tribuna y la cúpula de las Gracias, el vestíbulo de San Celso, la iglesia de San Sátiro y el claustro de San Ambrosio, mientras que Leonardo de Vinci pintaba la admirable Cena que se ve en las Gracias, y apli-

en Luca en las *Miscellaneæ del Baluzio* por Poggi, el año 1764, con una extensa apología: habiéndole contradicho un Florentino, empleó nuevos argumentos y anotó el proceso del fraile. *Miscell. Baluz.* t. IV, pág. 321. Francisco Meyer de Jena (1836), que ha publicado muchas cartas de Alejandro VI, presenta á Savonarola como el precursor y el émulo de Lutero. P. J. Carle (*Histoire de fra H. Savonarola*, Paris, 1842) le hace aparecer como un santo en lucha con las malas pasiones de su época, mártir de la verdad y la virtud: ortodoxo en la teología y moderado en la política, ataca los vicios cuyo norte constante es la venganza. En los *Documents inédits sur l'histoire de France*, tom. I, p. 774, Champollion Figeac publicó una carta de Luis XII á la Señoría de Florencia, en que la exhortaba á diferir á toda sentencia respecto de Savonarola hasta manifestar él su opinion. Véase la Aclaración A.

(1) Luis, hijo segundo de Carlos V, se casó con Valentina Visconti, y tuvo de ella dos hijos: Carlos, que fundó la casa de Orleans, y Juan la de Angulema, habiendo ocupado ambos sucesivamente el trono. De Carlos nació Luis XII.

do mayor el número de oyentes cuanto mas se burlaban de él los Compagnacci y le anatematizaban los Agustinos. Francisco de Pulla, fraile francisco, le desafió á que probase la verdad de sus predicaciones con un milagro (1), ofreciendo entrar con él en el fuego, y estipulando que sería creído el que saliera sano y salvo. Puede calcularse si la multitud acogería con júbilo semejante espectáculo. Savonarola se negó á esta prueba impía, pero Domingo de Pescia, su discípulo, se prestó á ella. Preparada la hoguera, exigió Savonarola que su campeon entrase con la hostia consagrada; pero los Franciscanos se opusieron á ello obstinadamente. Pasóse el dia en estas disputas, y por la tarde una lluvia deshecha dispersó la multitud.

El entusiasmo, viéndose burlado, se convirtió en cólera y deseos de venganza. Fray Jerónimo fué insultado, y la Señoría pudo ya dejarle prender y enjuiciar sin temor. Diéronse por jueces quince de sus enemigos; pero sometido al tormento para que confesase la falsedad de sus revelaciones, desmintió por el contrario las calumnias, y sostuvo que no se creía inspirado; que se fundaba únicamente en las Santas Escrituras, y que no le movía la codicia ni la ambicion, sino el deseo de cooperar á la convocacion de un concilio, con el objeto de que se reformasen las costumbres como en los tiempos apostólicos. Condenado al fuego con fray Domingo y fray Silvestre Maruffi, cuando el obispo declaró al degradarlos que los separaba de la Iglesia como herejes, añadió Savonarola: *De la Iglesia militante*, y espiró con la confianza de entrar en la triunfante.

23 de marzo.

No fué un asesinato religioso, sino político, y mientras era maldecido por algunos como impostor y demagogo, otros le veneraban como santo. Viéronse de repente « aparecer escritos, pinturas significativas, medallas, donde estaba adornado con los títulos mas gloriosos » (Bartoli); poco tiempo despues, Rafael le pintaba en el Vaticano entre los doctores de la Iglesia; su retrato figuraba en Santa María Novella en uno de los vidrios que representan á Cristo predicando, y el nacimiento de Santo Domingo. Catalina de Ricci le invocaba en sus oraciones; lo que fué causa de que al tratarse de canonizar á esta, se comenzara á discutir sobre la inocencia de fray Jerónimo; y San Felipe Neri, que conservaba su retrato en su cuarto, rogaba á Dios que su memoria no fuese reprobada. No lo fué en efecto: antes bien se esparcieron por las casas, y guardaron imágenes y medallas donde se le designaba con el título de doctor y de mártir, y durante mas de dos siglos, en el aniversario de su suplicio, los jóvenes sembraban de flores el lugar manchado con aquel acto inicuo (2).

» revocandum et ego id libentissime faciam. » — 20 de setiembre de 1497.

(1) Tambien Carlos VIII le habia dicho: *Faites moi un petit miracle.*

(2) La vida de Savonarola, escrita por Burlamaqui, fué impresa

caba al nuevo canal de la Martesana los sustentáculos que en Italia se llaman *cuenecas*, y fundaba una escuela de donde salieron los Luini, César de Sesto, Lomazzo, Márcos de Ogionno, Salaini y Boltraffi.

Incompleto, tanto en sus buenas como en sus malas cualidades, Luis confiaba en su habilidad política para poder dirigir á su antojo los negocios de Italia; mas asustado por pretensiones en que no habia fijado la atencion, cuando llamó á los Franceses, acumulaba los tratados y las alianzas, y trataba de impedir que los Florentinos se uniesen á Venecia y le abandonasen á Pisa. Pero los Venecianos, imitando lo que en él habian reprobado altamente, no titubearon en arreglarse con el rey de Francia, reconociéndole como duque de Milan, mediante la cesion de Cremona y de la Geradadda. El mismo rey con objeto de detener la disolucion de su detestada union con Juana de Francia, y poder casarse con la viuda de su predecesor, heredera de la Bretaña, adulaba á Alejandro VI.

La guerra se hacia ya en Italia tan solo por los aventureros, y ademas el célebre Jacobo Trivulzio disfrutaba de gran fama á causa de su valor, Baglione de Perugia, Márcos Martinengo de Brescia, Galeazzo de San Severino, Appiano de Rombino, Carlos Orsini, Bartolomé de Alviano, Pablo Vitelli de Civita-di-Castello, á quien decapitaron luego por traidor los Florentinos. Luis tenia necesidad de ellos; pero Trivulzio se habia declarado su enemigo mortal; San Severino, su general, habia desertado de sus banderas; los demas se habian visto precisados á permanecer en su casa, para defender sus hogares contra el duque de Valentinois. Entre sus aliados, Maximiliano, á quien los Italianos llamaban *poco dinero*, estaba ocupado en oprimir á los Suizos: y ademas, ¿qué habia que aguardar de aquel príncipe? Federico, rey de Nápoles, solo pensaba en remediar los desastres que el pais habia sufrido; solo Bayaceto II, cuya desconfianza excitó Luis contra Venecia y la Francia (1), envió al Friul á Scander, bajá de Bosnia, que asoló el pais hasta la Livenza, asesinando á todos los que cogió prisioneros.

Este fué un nuevo motivo de odio contra aquel perpétuo agitador de la Italia; así, cuando los Franceses bajaron á ella al mandó de Trivulzio, que como traidor se veía ahorcado en efígie en muchos puntos de la ciudad, el pue-

1499
15 de
abril.

(1) Luis el Moro, en una carta del archivo Trivulziano, con fecha 29 de julio de 1499, se lamenta de que se hubiese esparcido la noticia de que habia visitado á los Turcos: « Sin embargo, añade, juramos por nuestra alma, que no es verdad que los Turcos se hayan movido á instancia nuestra, ni que jamas hayamos trabajado á fin de que se moviesen. » En otra, que es el 15 de los *Documentos de Historia italiana* publicados por Molini, dice: « En nombre de Dios juro que jamas he enviado á decir cosa alguna á los Turcos. » Ahora bien, Corio, al fin de su historia, inserta la comision conferida con tal objeto por Luis á sus emisarios, « segun consta de la minuta de la instruccion que su excelencia entregó á Ambrosio Bugiardo y á Martin de Casale, que decia así, etc. »

blo, agobiado de impuestos, y fatigado de aquella tortuosa ambicion, dió muerte al ministro de hacienda, objeto habitual de las maldiciones de los Milanese, y Luis, desprovisto de socorros y de consejo (1), despues de haber abastecido el castillo de Milan, huyó á Alemania por la Valtellina. Entónces se insurreccionó el pueblo por todas partes; el rey Luis XII llegó cuando todo estaba consumado, y habiéndose apoderado por traicion del castillo, entró en Milan pomposamente, celebrado como mensajero de paz y de libertad. Restituyó á los nobles el derecho de caza que los Esforcias se habian reservado, eximió á los prelados de la obligacion de suministrar cada uno un buey á la mesa ducal, aumentó el sueldo de los profesores, acogió á los literatos y artistas, y armó caballeros. Sustituyó al consejo secreto y de justicia un senado compuesto de dos prelados, cuatro militares y once togados vitalicios bajo la presidencia de un gran canceller, tribunal supremo que podia suspender los decretos reales, á imitacion del parlamento de Francia.

Trivulzio era conocido por su orgullo é implacable severidad militar. Encargado en 1483, en el ejército de la Liga, de reprimir á los merodeadores, envió á varios al patíbulo; los demas, irritados con tan desusado rigor, formaron entre sí una asociacion, á cuya cabeza pusieron á un papa, con cardenales, arzobispos, obispos de su creacion, y cada vez que se gritaba *falcelta*, debian empuñar las armas y matar á los que les opusiesen obstáculo. Caminaban de esta manera entrando á saco en el pais comarcano; y Trivulzio, para destruir aquella banda asesina, llegó hasta degollar con sus propias manos. Tales eran los ejércitos, y tales los capitanes de aquella época.

Se reprende á Trivulzio por haber servido á los extranjeros contra su patria, como si los capitanes aventureros tuviesen mas lealtad que la de obedecer al que les pagaba. Quizá evitó á su pais algunos estragos é impuestos, pero nombrado gobernador de la Lombardia con el arbitrio de armar 400 lanzas italianas, mandadas por hombres elegidos á su gusto, se dejó arrastrar de los rencores propios del desterrado, favoreció implacablemente al partido güelfo, y despues de la conquista, no se volvió á acordar de aquellos á quienes debia su elevacion (2). No cesaban, pues, los nobles de quejar-

(1) Luis el Moro escribia lo siguiente á su embajador en Suiza: Maese Visconti, no os podemos explicar el exterminio y el gran terror en que nos hallamos, viendo que en un instante vamos á perder esta ciudad y el resto del Estado, si inmediatamente no acude en nuestro auxilio un numeroso ejército. No tenemos palabras con que expresar la angustia de nuestra posicion, reducidos como estamos á encerrarnos en esta fortaleza, donde aguardaremos la venida de su majestad, que nos libre de tal apuro: no nos queda mas recurso que la muerte. ROSMINI, *Istoria di Gian Jacopo Trivulzio*, p. 332.

(2) Estas son culpas que confiesa su panegirista Rosmini. En la misma época vivia Francisco Gonzaga, príncipe de Mantua, que primeramente fué capitán general de los Venecianos, y mandó el ejército en Fornovo contra los Franceses; despues

se de su dureza, y aunque apasionados del partido gibelino, echaban de ménos el régimen caído.

Entretanto Luis el Moro, viendo que Maximiliano no ambicionaba mas que su dinero, prefirió gastarlo tomando á sueldo tropas suizas, arsenal comun é inagotable. Habiendo reclutado un buen número de ellas, pasó de nuevo los Alpes para arrojar á los Franceses, siempre amados desde lejos y aborrecidos de cerca como señores. El mariscal Trivulzio, maldecido é insultado, se retiró esparciendo la muerte, y Luis volvió á entrar en febrero, aplaudido en aquella Lombardia de donde habia salido execrado en noviembre. ¿Tacharíamos de ligereza al pueblo? Este desea estar mejor; cree al que se lo promete, y cuando se ve burlado, odia, no el nombre cambiado, sino las instituciones no mejoradas. ¿De quién es la culpa?

Pronto se vió rodeado Luis de príncipes poseedores de un pequeño territorio que volvieron á ocupar los feudos conquistados por los Franceses, y se fortificó con alianzas; pero Luis XII hizo otro tanto, y despues de asegurarse la amistad de los Suizos, única infanteria de entónces, les indujo á llamar á los hombres que estaban al servicio de Luis. Esto equivalió romper la espada de un combatiente; y en efecto, Luis el Moro, habiendo sido derrotado, se vió precisado á refugiarse en Novara. Al salir disfrazado en union de la guarnicion suiza, fué reconocido y llevado á Lóches, donde permaneció encerrado los diez años restantes de su vida, pudiendo entregarse allí á meditar sobre los malos resultados de su política versátil. Conservó, no obstante, tan grande idea de su habilidad, que desde el fondo de la prision y en su testamento, queria dar consejos y arreglar los destinos del mundo (1).

Tenemos, pues, á la Lombardia en manos de los Franceses, excepto Cremona, cedida como recompensa á los Venecianos. Trivulzio, desempeñando nuevamente el cargo de gobernador, irritó de tal manera á sus conciudadanos que el rey le quitó aquel empleo.

Alejandro VI y su hijo César Borgia se alegraban de la buena suerte de la Francia, y el último, habiendo obtenido del rey el ducado de Valenza, renunció á la púrpura cardenalicia que habia deshonrado, para infamar el título de duque de Valentinois. Este disoluto ambicioso, héroe del crimen, decia: *Lo que no se hace á medio día, se hará por la tarde*. Cuando necesitaba dinero, enviaba á asesinar á alguno, y nadie se atrevia á pedir justicia por temor de sufrir igual suerte. Hizo arrojar en el Tiber á su hermano, porque era el amante pre-

El du-
que de
Valenti-
nois.

en 97 servia en el ejército imperial; en 1501 guió de nuevo á los Venecianos contra los Franceses en el reino; en 1506, tenia á sus órdenes el ejército del papa, y lo condujo contra Bolonia; por último, en 1508, uniéndose á los Franceses, hostilizaba á Génova y á Venecia.

(1) Se ha publicado su *testamento*, descubierto en estos últimos años.

ferido de Lucrecia, hermana de ambos. Intentó envenenar á uno de sus cuñados, y como no le saliese bien su designio, entró en su casa y públicamente le mandó extrangular: degolló bajo el mismo manto de Alejandro á Peroto, favorito del pontífice (1). Semejantes excesos no podian acaecer sino en un pais donde ambas autoridades estaban unidas, y hacian sentir cuán oportuno habia sido el remedio del celibato, pues que á tanto se atrevia el hijo de un sacerdote.

El duque de Valentinois, repitiendo *César ó nada*, creía llegar á constituir un dominio independiente en medio de los príncipes que dividian entre sí la Romanía. Pocas ciudades habian conservado ó recuperado allí el gobierno municipal, como Ancona, Asis, Espoleto, Terni y Narni; las demas estaban á merced de los vicarios pontificios, que prometian á la santa sede un censo anual y no lo pagaban. Julio César Varano dominaba en Camerino; Guidubaldo de Montefeltro entre la Toscana y las Marcas; Vitellozzo Vitelli en Civita-di-Castello; Juan de la Rovere, señor de Sinigaglia, aguardaba la herencia del ducado de Urbino; Perugia tenia por señor á Pablo Baglione, Pésaro á Juan Esforcia, Ímola y Forli á Octavio Riario; Rimini á Pandolfo Malatesta; los Venecianos sostenian á Astor Manfredi, señor de Faenza y de Val de Lamone; en Bolonia los Bentivoglios y en Ferrara el duque Hércules no se consideraban dependientes en nada del papa, aunque se titulasen sus vicarios.

Prolongábase la vida feudal en medio de tales tiranuelos, mezclada con la cultura intelectual y las astucias modernas. Estos abrian asilo á los literatos como tambien á los rebeldes de los Estados vecinos; proporcionaban cardenales al sagrado colegio y jefes aventureros á los que los pagaban: é impulsados por pequeñas animosidades, y queriendo sostener grandes pretensiones con cortos medios, recurrían á las perfidias, á los puñales y á los venenos (2),

(1) El *Diario* de Buscardo aterra, aun mas que por los delitos por el modo indiferente de relatarlos.

« El sábado 4 de setiembre, llegó la noticia del matrimonio entre Alfonso, primogénito del duque de Ferrara, y la señora Lucrecia Borgia, hija del papa. — El domingo despues, la dicha señora Lucrecia fué á caballo á la iglesia del pueblo, vestida de brocado de oro rizado, acompañada de unos 300 caballos, y delante de ella cabalgaban cuatro obispos. — El lunes siguiente dos bufones, uno de ellos á caballo, á quien la señora Lucrecia habia dado un vestido de brocado de oro que habia estrenado la víspera y de valor de 300 ducados, cabalgaba por las calles principales gritando: *Viva la muy ilustre duquesa de Ferrara! Viva el papa Alejandro! Viva! viva!* Lo mismo gritaba el otro que iba á pié y habia recibido tambien un vestido. En 9 de dicho mes fué ahorcada una mujer que la noche ántes habia degollado á su marido. — El viernes llegó al papa la noticia de que Piombino se habia sometido á su obediencia. — El último domingo de octubre por la noche, 50 meretrices honradas, llamadas cortesanas, fueron á cenar con el duque de Valentinois en el cuarto que tenia en el palacio apostólico: despues de cenar... » El resto no puede relatarse y apenas es creíble.

(2) « La Romanía, ántes que fuesen destruidos en ella por Alejandro VI los señores que la dominaban, era un ejemplo de toda clase de perversidades, pues allí se veían por cualquier causa leve asesinatos, y ademas grandes robos. Provenia esto de la maldad de aquellos príncipes, no de la

y la opinion aceptaba como apología del crimen la audacia con que se cometía.

Allí habian escogido su residencia muchas bandas de asesinos, y algunos señores bastante fuertes, para insultar al feudatario, se abandonaban al furor de sus pasiones. Un noble de la Umbría estrelló contra la muralla á los hijos de su enemigo, degolló á la mujer de este que se hallaba en cinta, y clavó en la puerta á otro niño como trofeo de su venganza (1). Oliverotto, educado por Juan Fogliano, señor de Fermo, su tío materno, sirvió á las órdenes de Paulo Vitelli, y habiéndose señalado, escribió á su tío expresándole el deseo de mostrarse en su patria con los honores ganados. Este le permitió que fuese con cien caballeros; le preparó un solemne recibimiento y le dió un gran banquete, al que fueron convidadas todas las autoridades de Fermo; pero en medio del festín, Oliverotto hizo degollar á Fogliano y á sus convidados, y consiguió que le proclamasen señor.

Mas vejaciones, si cabe, sufría el territorio de Roma por parte de los Orsini, al Occidente del Tíber, y de los Colonna al Levante: los primeros eran Gúelfos, los segundos Gibelinos; unos y otros ejercitaban su valor en venganzas privadas, cuando no podían venderlo á los extranjeros, y « estando con las armas en la mano, á vista del pontífice, le tenían débil » y enfermo. (MAQUIAVELO.) Las tierras eran assoladas de continuo, y los pocos agricultores, obligados á refugiarse en las plazas amuralladas, dejaban que la desolacion y los malos aires invadiesen la campiña.

La misma Roma, en su parte material, llevaba el sello de los pasados siglos y de las sucesivas dominaciones del imperio, el Catolicismo, el Comun y los derechos feudales. Veíanse allí templos, basílicas, termas convertidas en iglesias; elevábanse castillos y baluartes donde ántes los edificios romanos; cada palacio representaba un feudo en compendio, trasladado del campo á la ciudad y sometido á los convenios jerárquicos, y la torre del vasallo no debía llegar á la altura de la del señor. Cada barrio puede decirse que pertenecía á una familia: á los Colonna el Esquilino, á los Orsini la plaza Navona, á los Vico el Transtevere, otros collados á los Savelli, ó á los Frangipani; estaban separados por muros y puertas: en el medio y al rededor de la isla se acumulaba la plebe pobre y turbulenta; y en el Vaticano se

mala índole de los hombres, como se decía; porque siendo pobres y queriendo vivir á costa de los ricos, tenían que dedicarse á robar, y hacerlo de varios modos. Entre otros desmanes, establecían leyes, prohibían alguna accion, y despues eran los primeros que daban margen á la inobservancia de aquellas, sin castigar nunca á los transgresores hasta que habian reincidido varias veces en la misma culpa, y entónces castigaban, no por celo de la ley, sino por codicia de la pena. De donde se originaban muchos inconvenientes, y sobre todo el de empobrecerse y no corregirse los pueblos, procurando los que se empobrecian dominar á los inferiores. » MAQUIAVELO. *Discursos*.

(1) RIPAMONTI, *Hist. Med.* VII, 667.

defendía el papa cerrando con el castillo de Sant' Angelo el paso del Tíber. Todos se miraban con una envidia propia de enemigos, y oponían las inmunidades al ejercicio de la autoridad pública, abriendo cien asilos á los mil delinquentes.

El papazgo era el alma del país sin industria ni agricultura, atrayendo el oro de todo el mundo y un pueblo de clérigos, notarios, prelados, banqueros poderosos, peregrinos; poblacion ondulante que se sustraía tambien de toda ley. Creábanse millares de empleos para el servicio de la corte y de la dataría; y como redituaban mucho, se vendía hasta la expectativa de alcanzarlos, y se negociaban á la alza y la baja como hoy las rentas públicas. Prelados, cardenales, obispos, mitad sacerdotes y mitad príncipes, dejando sus Iglesias, iban á Roma á gastar, á disfrutar, á ostentar un gran lujo, á intrigar en medio de la elegancia y la licencia. Toda familia ilustre de Italia queria tener un hijo en el sacro colegio, como apoyo, lustre, ganancia; cada cardenal staba cercado por una corte de guardias, camareros, lacayos, bufones, cantantes, poetas; sin mencionar lo peor. Toda esta riqueza era solo vitalicia; así que ninguno se cuidaba de hacer economías ni de mejorar los fundos, sino únicamente de refinar sus goces, á cuya sombra existía (alianza no rara) un feroz instinto de sangre y de traiciones, como si el deleite fuese mas grato cuando le amenazaba una muerte violenta. Los venenos imperiales se destilaban aun por nuevas Canidias; los puñales del Viejo de la Montaña estaban á sueldo; procedíase (dice el cardenal Caraffa) á cometer homicidios, no solo con el veneno, sino tambien abiertamente con el cuchillo y la espada, por no decir con escopetas. Era, en suma, una comedia licenciosa, que tenia por intermedio asesinatos.

En medio de los ódios, del desórden y del descontento popular, Alejandro esperó poder imitar á Sixto IV y Luis XI, y reducir las pequeñas soberanías á una sola, como lo reclamaba el órden de cosas que habia sucedido al de la edad média. Contó para esto con el favor del pueblo, pues el duque de Valentinois decía: « El que quiere dominar á los grandes, debe hacer mucho por los pequeños. » Creáronse, pues, inspectores de las prisiones para oír los agravios de los que estaban presos injustamente; y se encargó á cuatro jueces el restablecimiento de la justicia en Roma, donde miéntras él ocupó la sede pontificia, nunca se padeció hambre ni se defraudó el salario al artesano.

¡Ojalá no hubiese empleado otros medios! Pero imaginó que las perfidias y las crueldades le eran permitidas con tal de conseguir sus fines; vendió á los poderosos su alianza á precio de dinero y de matrimonios, y sembró la enemistad entre los pequeños señores para poder oprimirlos separadamente. Empezó por arrojar de Ímola y de Forlì á los sobrinos del

papa Sixto; despues se unió á los Orsini para dominar á los Esforcias de Pésaro, á los Malatesta y á los Manfredi; y cuando hubo ocupado todas sus plazas fuertes, se volvió contra los Orsini, los avasalló, y tomó á sueldo á los pequeños señores. Se servía para llevar á cabo tantas cosas del brazo de su hijo, el cual, resuelto á engrandecerse, sabía que el éxito favorable le haría perdonar la iniquidad de los medios empleados para alcanzarlo. Este era tambien el modo de pensar de su padre, y corría como proverbio que el papa no ejecutaba nunca lo que decía, y que el duque de Valentinois no decía jamas lo que ejecutaba.

1501.

Habiéndose hecho tambien César Borgia capitán de aventureros, atrajo á sus banderas con el cebo de un sueldo mayor á los soldados que estaban al servicio de los Orsini y los Colonna, y ademas adquirió fuerza con el apoyo del rey Luis que le proporcionó soldados, y declaró irrogada á él cualquier hostilidad contra el duque de Valentinois. Ya toda la Romanía estaba en su poder, excepto Bolonia; Alejandro distribuyó entónces doce capelos de cardenales, é hizo declarar á su hijo duque de Romanía por aquellos á quienes acababa de revestir de la púrpura. El nuevo duque quiso merecer bien del país, devolviéndole la seguridad, y Ramiro de Arco destruyó con horribles é inesperados suplicios á los bandidos rebeldes; despues, como este ministro de aquella implacable justicia se habia atraído la execracion universal, César le expuso descuartizado en el patíbulo.

Su ambicion le hizo dirigir la vista á la Toscana, el Boloñas, las Marcas y el ducado de Urbino, y se dispuso á apoderarse de todos estos países con su rapidez acostumbrada, ayudado de los socorros del extranjero (1); pero habiéndose acogido Bentivoglio bajo la proteccion del rey de Francia, el duque de Valentinois le descubrió sus tramas con los Marescotti, y entónces Bentivoglio obligó á los hijos de las principales familias á asesinar á los dependientes de los conjurados.

(1) Maquiavelo decía á los Florentinos: « El que ha observado á César Borgia sabe que para conservar los Estados que posee, no ha tratado jamas de contar con la amistad italiana, habiendo estimado siempre poco á los Venecianos, y á vosotros aun ménos. En tal virtud le conviene adquirir en Italia dominios capaces de darle una seguridad independiente, y de hacer que deseen su amistad otros potentados. Que su ánimo es aspirar á la soberanía de Toscana, como mas próxima y apta para constituir un reino en union de sus demas Estados, y que tiene formado tal proyecto, es indudable, tanto por las cosas que van dichas como por su ambicion, y tambien por haber vacilado en convenirse con vosotros y no haber querido concluir nunca nada. Resta ahora examinar si el tiempo es á propósito para que dé cima á su obra. Recuerdo haber oído decir al cardenal de los Soderini, que entre otras atalanzas debidas al papa y al duque, se contaba la de que conocen la ocasion de ejecutar un proyecto y saben aprovecharla perfectamente: opinion demostrada por la experiencia de las cosas que han llevado á cabo en el momento oportuno. Ahora bien, si tuviese que dar mi dictámen sobre la oportunidad de verificar el plan anterior, diría que no ha llegado; pero, considerando que el duque no puede aguardar al partido vencido, por quedarle poco tiempo, en vista de la brevedad de la vida del pontífice, debe suponerse que aprovechará la primera ocasion que se le presente, y que confiará á la fortuna gran parte de su causa. »

En Toscana, Siena habia concedido grande autoridad al capitán aventurero Pandolfo Petrucci, que gobernaba con severidad, pero moderadamente, como ciudadano y no como señor; mas asustada del peligro que la amenazaba compró la proteccion de Luis XII. Florencia habia quedado arruinada por su desgraciada guerra contra Pisa, á la que no habia podido subyugar por la incierta amistad del rey de Francia, las rivalidades de todos sus vecinos y las intrigas de los Médicis, que no cesaban de maquinár á fin de obtener su restablecimiento. Luis XII le proporcionó tropas para someter á Pisa; pero los Pisanos condujeron á sus embajadores ante la estatua de Carlos VIII, suplicándoles no destruyesen la obra de su buen rey, y al mismo tiempo se adelantaron quinientas jóvenes vestidas de blanco y con los cabellos tendidos, que suplicaron á los Franceses, como defensores de los huérfanos y campeones de las damas, no pusiesen en peligro la honestidad de tantas doncellas; y luego empezaron á cantar delante de una imágen de la Virgen de un modo tan tierno, que no hubo un Frances que no derramase lágrimas. Por mas que se obstinó el capitán Beaumont en querer sitiár con los Franceses á aquella ciudad amiga de la Francia, el ejército se desbarató y las damas de Pisa salieron á buscar en los bosques y en los campos á los débiles y los heridos, que trasladaron á la ciudad, auxiliándolos y tomándolos bajo su proteccion (1).

1500.

Apénas Florencia despidió las bandas que tenia á sueldo despues de haber concluido una tregua con sus vecinos, cuando el duque de Valentinois compró sus servicios á título de que ayudasen en su expedicion á Nápoles al rey Luis, con cuyo ejército debia reunirse en Piombino. Pidió en su consecuencia el paso á Florencia; pero no bien entró en su territorio, cuando exigió el pago de treinta y seis ducados. Habiendo sitiado entónces á Piombino, que defendía Jacobo Appiano, lo tomó, y esta conquista agradó tanto al papa, que fué en persona á gozar de aquel triunfo.

Entretanto Luis XII, mal instruido del éxito alcanzado por su predecesor, pensaba en Nápoles, donde los Franceses tenían una mancha que horror, y en lugar de aceptar las ventajosas proposiciones de Federico, prefirió tratar con Fernando el Católico, ansioso siempre de poseer aquel reino, y convinieron en Granada que lo repartirían entre ambos. Aquel astuto político envió á Nápoles á Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán: Federico le recibió con la confianza de un pariente y de un aliado, sin sospechar la traicion; pero sorprendido cuando ménos esperaba, apénas tuvo tiempo de huir á Ischia, donde renunció todos sus derechos al trono, estipulando una amnistia en favor de los que habian permanecido leales, y el condado de Anjou para sí. Su hijo se defendía aun

15 de noviembre.

1503. 21 de abril.

(1) JUAN DE AUTEN.